

Poco tiempo después de estos sucesos, pasando yo por la cañada de Cerro-Gordo en dirección á la costa, una tarde nublada y triste, se me apareció á mi izquierda, á corta distancia de la carretera, como una sombra fúnebre, el árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que había sido teatro. Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza á las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecía tendido el general Vázquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!

XIX

DESPUES DE CERRO GORDO.

Noticias complementarias de Cerro Gordo.—Ocupación de Jalapa y Perote.—Manifiesto de Scott.—Algo sobre la Doctrina de Monroe.

No conozco otros documentos oficiales nuestros relativos á los sucesos de Cerro-Gordo, que el breve parte de Santa-Anna de 17 de Abril que cité en mi penúltimo capítulo; el que fechó el mismo jefe en Orizaba el 22 del pro-

José Platas, habían muerto el capitán D. José María Villasana y el subteniente D. Manuel Busio de la Cruz.

prio mes; el que Canalizo había dirigido el 18 al gobierno desde la Banderilla, cerca de Jalapa, y el del general Pinzón rendido más de un año después (el 27 de Julio de 1,848) y de que me ocupé algo extensamente al hablar de nuestra derrota.

En el segundo de sus mencionados partes, Santa-Anna se limitó á decir que, habiendo Scott repetido el ataque del 17 en la madrugada del 18 con todas sus fuerzas, compuestas de 12,000 hombres, logró su intento de forzar el paso, tras una lucha de tres horas en que se peleó por ambas partes con valor y desesperación: que por la nuestra se había logrado reunir en Cerro-Gordo, 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de los Estados de Veracruz y Puebla. "Pero estos últimos, asentaba, aún no sabían bien el manejo del arma, y su experiencia nos fué funesta. (154) Se encontraba en aquel campo la división de caballería que puse á las órdenes del señor general D. Valentín Canalizo; pero el terreno no le permitió obrar, y se retiró para Jalapa en los momentos en que comenzó á ceder nuestra infantería." Agregaba no saber qué pérdida tuvo el ejército, porque, cercado él mismo por los soldados de Scott, se halló en inminente peligro y apenas pudo salvarse con seis de sus ayudantes, pernoctando el 18 en la hacienda de

(154) Santa-Anna repitió esta declaración en su "Informe," y el lector recordará lo que acerca de ella dije en mi anterior capítulo.

Tusamapa y llegando el 21 al anochecer, á Orizaba, donde estableció su cuartel general. (155) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" (pág. 187), se dice que Santa-Anna, en la noche del 20, dirigió, desde Huatusco, un extraordinario al gobierno, con un parte muy vago y "seguramente muy injusto" de la batalla; probablemente contenía las inculpaciones que poco después provocaron algunos de los ataques de que hablé en mi último capítulo; pero, si se publicó tal documento, no le he hallado en los periódicos de aquel tiempo. (156)

(155) Según la narración publicada en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," acompañaron al general Santa-Anna los generales, jefes, oficiales y particulares mencionados en alguna de las notas de mi último capítulo. En Tusamapa se les presentaron dos ó tres soldados del 110, llevando la caja de su cuerpo con algún dinero. De la expresada hacienda hubo que salir esa misma noche (el 18) al saberse que se aproximaba una partida enemiga. el 19 atravesaron el río de la Junta y llegaron al rancho del Volador. El 20 llegaron á Huatusco, donde fueron muy bien recibidos y pernoctaron; y el 21, pasando por Coscomatepec, llegaron á Orizaba, cuyos vecinos más notables salieron al encuentro del general presidente.

(156) Entre los militares que atacaron por medio de la prensa á Santa-Anna en aquellos días, se contaban los generales Miñón y López Uruga; el primero criticó las operaciones todas

El general Canalizo decía el 18 de Abril, desde la Banderilla, después de hablar de la pérdida del Telégrafo y del desorden que tal suceso causó en nuestras posiciones de la izquierda: "Estaba exceptuada de este desorden la caballería; pero, cortada por una columna enemiga que se interpuso sobre el camino, apoyada del bosque de la izquierda, fué necesario abrimos paso á viva fuerza para no quedar prisioneros, y eso me imposibilitó de reunirme con el Excmo. Sr. presidente general en jefe, y lo mismo á los señores generales ocupados en el sostén de la batería situada frente al cuartel general.... De pronto diré á V. E. que con los pocos restos de la infantería y la caballería que he reunido, de que daré un detalle exacto más adelante, sigo mi marcha, pernoctando esta noche en la Hoya, y seguiré hasta recibir las órdenes del supremo gobierno, por no poder defender ningún punto del tránsito, en razón de que, perdido el total de artillería y todo el material de guerra, no tengo municiones ni para reponer por una vez las de las cartucheras."

La caballería de Canalizo y la brigada Arteaga, si no se hubieran desmoralizado por completo, con sólo hacer alto en algún punto del camino de Cerro-Gordo á Jalapa habrían bastado para detener durante muchas horas, ó acaso uno ó dos días, á los vencedores en su marcha, puesto que ambas fuerzas formaban

de Santa-Anna, y el segundo se contrajo á los sucesos de Cerro-Gordo.

un total de más de 3,000 hombres. En último caso, habrían podido utilizarse sus servicios en la segunda línea de defensa que principalmente consistió en las fortificaciones de la Hoya, pueblo á cuatro ó cinco leguas más acá de Jalapa, y á cuyas inmediaciones el camino carretero pasa entre dos altos cerros que dominan todo aquel rumbo entapizado de lavas volcánicas, y en los cuales se había situado artillería. Es casi seguro que si Santa-Anna, al retirarse del campo de batalla, logra pasar por los del Lencero á Jalapa en vez de verse obligado á tomar la dirección de Tusamapa desde luego y la de Orizaba en seguida, habría podido detener y reorganizar gran parte de dichas fuerzas, guarneciendo con ellas la expresada segunda línea, que hubiera llenado así su objeto, obligando á los invasores á permanecer un par de semanas en Jalapa; tras lo cual, aun en el supuesto de no ser defendida la Hoya á última hora, las tropas mexicanas se hallaran en la posibilidad de retirarse á Perote, encerrándose en su fortaleza y conteniendo de este modo uno ó dos meses más á Scott en su avance sobre Puebla. Pero, faltando la cabeza y cundiendo el pánico de la derrota, nada se hizo en tal sentido. El general Cómez Palomino, jefe de la segunda línea, dirigió á Perote en la mañana del 18 de Abril un extraordinario dando aviso de la catástrofe, y pidiendo cábria y carros para desmontar y trasladar á aquella fortaleza la artillería de los cerros de la Hoya por no tener gente con que defenderlos; y, como se sabía que el ene-

migo avanzaba, las piezas fueron abandonadas antes de la llegada de los carros. Cuando Santa-Anna desde Orizaba, donde ya tenía consigo la brigada de Oaxaca que el general D. Antonio León llevaba á Cerro-Gordo, dictó órdenes para que las fuerzas que se retiraron por Jalapa defendieran la Hoya y la fortaleza de Perote, había sido ya evacuada hasta el segundo de estos puntos.

Suma confianza había inspirado al vecindario de Jalapa, donde seguían residiendo la mayor parte de las familias emigradas de Veracruz, la importancia de los elementos militares reunidos en Cerro-Gordo; y se puede asegurar que hasta mediados de Abril nadie creyó próximo el día de la ocupación de la ciudad por los invasores; pues aunque algunos vecinos no compartieran la patriótica esperanza de la derrota ó retirada de Scott hacia la costa para reembarcarse ó luchar en ella con el vómito durante la estación de su mayor desarrollo, creían, por lo menos, que no podría aquel jefe vencer muy pronto la resistencia que un ejército como el de Santa-Anna le opondría en un trayecto de cinco ó seis leguas en que no faltan posiciones á propósito para cerrar el paso y causar grave daño al enemigo. La tardanza de éste en atacar nuestro campamento causaba impaciencia en la ciudad, y cuando se oyó en ella en la tarde del 17 el lejano cañoneo que anunciaba el combate, la gente se reunió alborozada en grupos, á esperar la noticia del resultado. Súpose al paso del extraordinario dirigido al gobierno y

que trajo allí la orden del inmediato avance de la brigada Arteaga, llegada pocas horas antes á Jalapa.

El 18 aún no se hablaba sino de los escasos permenores de la función de la víspera, cuando á eso de las once de la mañana empezaron á circular rumores de la completa derrota de nuestro ejército, con referencia al comerciante D. Manuel Hidalgo que llegaba del campamento, y á quien la autoridad local, por pronta providencia, arrestó. A las doce, la vista de los primeros dispersos no dejó duda respecto de la catástrofe, y se empezó á notar en las calles el tránsito precipitado de oficiales y soldados de caballería que, como si el enemigo les viniera picando la espalda, huían por el camino de México sin dar descanso á las cabalgaduras ni detenerse á tomar alimento. El general Gómez Palomino salía en litera hacia la Hoya. Las autoridades políticas y judiciales hacían empacar los archivos y se disponían á emigrar. (157) El ayuntamiento se reunió y nombró una comisión de su seno que fuera al encuentro de Scott á pedirle garantías para la ciudad. Dicha comisión, de que formaba parte mi padre, salió á las tres y media de la tarde, en carretela abierta, por no haberse proporcionado otro carruaje, y á tiempo que los infantes dispersos de la brigada

(157) El gobernador D. Juan Soto y los empleados de su secretaría, así como algunos miembros de la Legislatura del Estado, se trasladaron á Huatusco.

Arteaga, ébrios con el aguardiente de los tendajos que habían saqueado en los suburbios invadían las calles dando gritos de furor y disparando sus armas. Algunos de los que venían por el camino, al cruzarse con los comisionados que iban al campo enemigo, los llamaban á grandes voces traidores, les tendían los fusiles y aun llegaron alguna vez á hacerles fuego. La comisión fué bien acogida por el general Patterson en el Lencero, y regresó en la noche, (158) que se pasó sin alumbrado en las calles y resonando en la oscuridad los gritos de los fugitivos de Cerro-Gordo y los golpes que daban en las puertas de tiendas y casas queriendo abrirlas.

A las diez de la mañana del 19, en medio de un silencio que hacía más completo la ausencia de gente en las calles, resonaban pavorosamente en el empedrado los cascacos de los frisones del enemigo, cuya caballería fué la primera que entró por la garita de Veracruz, formando en la plaza de Armas y repartiéndose después en diversos cuarteles. Frente á las casas municipales desmontaron los generales Patterson y Twiggs (159) y otros jefes y oficiales.

(158) Patterson asienta que al entrar en Jalapa el 19 le acompañaban los comisionados; mas no cabe duda de que regresaron en la noche del 18.

(159) Según los partes oficiales, Patterson, al avanzar del Lencero á Jalapa, encomendó á Twiggs el mando de la infantería y artillería; pero recuerdo que el expresado Twiggs, dejando seguramente sus fuerzas en el Lencero, llegó

entrando en la sala de cabildos, donde estaba reunido el ayuntamiento, y que algunos vecinos curiosos invadimos. Ocupó Patterson el asiento principal bajo el dosel, y, por medio del intérprete, dijo á los municipales que el ejército de los Estados Unidos velaría por la seguridad de la población y castigaría severamente, al mismo tiempo, cualquier acto de hostilidad de parte de los habitantes: excitó á la corporación á continuar en el ejercicio de sus atribuciones y deberes; pidió noticias respecto de cuarteles y alojamientos, y dictó ó hizo dictar disposiciones para el abasto de las tropas. Era Patterson hombre como de cincuenta años, no muy alto, afeitado de barba, grave y reposado en su fisonomía y ademanes. Twiggs era grueso y de elevada estatura, con la barba y el cabello largos y blanqueándole, brusco en sus movimientos, de carácter impetuoso y resuelto, y usaba el uniforme y la gorra azul de todos los regulares, sin más distintivo de su grado que las abultadas estrellas en las anchas presillas. (160) En el porte de

á Jalapa en unión de Patterson ó pocos momentos después de este jefe.

(160) Twiggs, como casi todos los jefes y oficiales que vinieron con los invasores, era del Sur (del Estado de Georgia). Cuando estalló la guerra civil en 1861, se declaró por los confederados; les entregó todo el material de guerra que había en Galveston, donde él mandaba, y fué declarado traidor por el gobierno de Washington.—(N. del E.)

aquella gente, grave y fría casi toda, no aparecía el orgullo, ni siquiera la satisfacción de la victoria que nuestras razas meridionales no habrían sabido ni querido ocultar. Recuerde la estrañeza que me causó ver á alguno de los jefes suplir expeditamente con los dedos el uso más vulgar del pañuelo; y que mi irreflexiva sonrisa se heló ante aquella reunión discordante de funcionarios nuestros mudos y abatidos, y de batalladores anglo-sajones triunfantes y poderosos, que daban sus órdenes en lengua extraña y áspera, nunca oída en tal sitio ni por nuestros antepasados ni por nosotros!

La infantería y artillería de Twiggs salidas de Cerro-Gordo en persecución de nuestra gente: la 1.ª división de regulares al mando de Worth que, sin haber tomado parte en la batalla, siguió en marcha el 18, y el resto de las fuerzas que había quedado levantando el campo, fueron llegando á Jalapa en el curso de la semana. Scott fechó allí su segundo parte el 23 de Abril, y desde antes había hecho avanzar á Worth hacia Perote. No conocí sino meses después al general en jefe enemigo, especie de corpulento león de piedra, con el rostro picado de viruelas, de fisonomía tranquila y vulgar, y que en su traje y porte no se distinguía de los demás jefes. Fueron traídos á Jalapa los heridos nuestros y norte-americanos de Cerro-Gordo, que eran numerosísimos y, además de llenar los hospitales, ocuparon algunas casas, causando probablemente su aglomeración y el consiguiente desaseo, una terrible

epidemia de disenteria que afligió á la poblaci3n por espacio de varios meses. (161) La oficialidad enemiga ocup3 edificios p3blicos y casas de particulares vacías, sin exigir alojamiento en las habitadas: el pan, la carne y demás víveres eran largamente pagados á los abastecedores y vendedores; y no se dieron en los primeros días casos de violencia de parte de la tropa, no obstante el abuso de las bebidas embriagantes, cuyo expendio se trat3 en vano de limitar, y las burías y los desmanes de nuestro pueblo que abusaba del carácter confiado y bonach3n de los invasores, hasta despojándolos á veces de sus armas. Diríase que el clima benigno y el risueño y magnífico aspecto de aquel edén nuestro que calma las pasiones violentas, enerva toda actividad física y predispone el ánimo á la quietud y á la benevolencia, habían amansado á los hombres del Norte tras las fatigas y emociones de la marcha y de los combates en otra zona árida y ardiente. La verdad es que tal actitud entraba en los planes del enemigo para adormecer el espíritu de hostilidad de nuestras poblaciones del Oriente y del centro, y que el reverso de la medalla apareció después para Jalapa, como para los demás puntos caídos en poder de los vencedores.

(161) Estuvo dando asistencia á los heridos mexicanos el jefe de nuestro cuerpo-médico militar D. Pedro Van-der-Linden, y les hizo suministrar auxilios pecuniarios la entonces rica familia de Echeverría, oriunda de Jalapa.

En Perote, de cuya fortaleza era gobernador el general D. Antonio Gaona, se supo la derrota de Cerro-Gordo el 18 en la tarde, á la llegada del extraordinario del general Gómez Palomino pidiendo cábría y carros para desmontar y trasladar allí la artillería de la Hoya. Gaona contestó que iban ya en camino los carros, pero que él salvaba su responsabilidad por el abandono de tal punto. Al amanecer el 19 empezaron á llegar á Perote los dispersos, generales, jefes, oficiales y soldados, y la fuerza de caballería de Canalizo que había pernoctado el 18 en las Vigas. (162) A las tres de la tarde este general ordenó á Gaona que evacuara completamente el castillo en el resto del día. En el expresado fuerte, además de una guarnición de 250 nacionales de Tlapacoya, Jalacingo y Perote y 25 artilleros, había 50 enfermos, unas 30 mujeres de la tropa y 150 presos y sentenciados, algunos de ellos á la última pena. Los enfermos fueron recogidos por el alcalde de Perote, y la plata labrada y los ornamentos de la capilla enviados al cura párrico esa misma tarde. "A las nueve de la noche—dice el autor del "Tributo á la Verdad"—no había en la fortaleza más que cuatro personas y el general Morales; todas las puertas abiertas y ni una luz: tanto movimiento, miedo y confusión en tan pocas horas había cambia-

(162) Aunque Canalizo en su despacho anunció que pernoctaría en la Hoya, parece que gran parte de su gente llegó hasta el pueblo de las Vigas en la citada fecha.

do en un profundo silencio y soledad. Cerca de las once de la noche vinieron á la fortaleza los jefes de ingenieros Robles y Cano y el teniente de zapadores D. Manuel Fuertes, que se acostaron á la luz de la luna en los canapés de la casa del gobernador, porque en el pueblo no había donde hospedarse. Desde la madrugada del día 20 principió á ponerse en marcha el resto del ejército con mulas de carga y carros: á las nueve de la mañana vino á la fortaleza el general D. Antonio Castro con unos 300 dragones que se llevaron el tabaco y naipes que había allí depositados: y mil pesos que en el registro que hicieron halló escondidos un sargento, se los quitó un capitán y se fué con ellos no se sabe adónde. . . . Los presidiarios, no teniendo quien les impidiera la salida, se fueron todos, llevándose cada uno lo que pudo coger. Los criminales, incluso los sentenciados á la última pena, salieron custodiados por los nacionales de Jalacingo, cuyo alcalde, por no tener con qué mantenerlos, los puso en libertad. Quedaron en el pueblo de Perote el general Landero con su familia, el general Durán con su esposa, y el teniente coronel de artillería Velázquez; este último para hacer entrega de la fortaleza, según él mismo nos dijo después. Landero se fué al pueblo de Altotonga, Durán á un pueblo de la Sierra y Velázquez á Puebla. . . . A las diez del día 20 aún no acababan de salir los restos del ejército de Perote, porque allí, como en el camino, no había más orden ni arreglo de marcha que la voluntad y posibilidad de cada

uno; así es que desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche estuvieron llegando á Tepeyahualco, donde hubo muchas dificultades para encontrar alimento. Desde este punto hasta Nopalúcan se caminó en dispersión, llegando cada uno como podía: en este pueblo alcanzamos á los generales Canalizo, Alcorta, Gaona, Juvera, Arteaga, Zenea y otros, y como cuarenta coroneles, jefes y oficiales." El autor de este relato agrega que en Nopalúcan recibió Canalizo un extraordinario del gobierno para Santa-Anna, cuyo paradero se ignoraba; y que abiertos los pliegos, por creerse que contendrían órdenes relativas al ejército, se halló que no había en ellos sino generalidades y excitativas á la constancia y al patriotismo con motivo de la derrota. También agrega que antes de llegar á Puebla, recibieron, el mismo Canalizo y Gaona, órdenes de Santa-Anna de proteger la fortaleza de Perote el primero, y de ponerla en buen estado de defensa el segundo y sostenerse en ella mientras el general en jefe podía auxiliarle; de todo lo cual se burla el narrador del "Tributo á la Verdad," haciendo notar de paso, que Santa-Anna expidió tales órdenes desde Huatusco ú Orizaba, y sabiendo positivamente que Gaona no tenía pólvora ni para un sólo tiro de cañón. (163)

(163) En su parte fechado en Orizaba el 22 de Abril decía, efectivamente, el general Santa-Anna al gobierno:

"Parece que el enemigo, aprovechando su triunfo y el aturdimiento en que observa á los